

mal estado, y para confortar al que se determina de salir de él, que á quien no siente consolacion, ni desolacion, ni otro movimiento ni agitacion de varios espíritus, con razon se le puede preguntar, si hace ó no los ejercicios; que tanto es como preguntarle si los hace á sus tiempos, y guardando las reglas y adiciones, porque las meditaciones solas sin estas reglas, es como un cuerpo sin alma, ó como una semilla sin virtud, que no tiene fuerza para brotar y producir el efecto que se desea.

Lo segundo, se ha de advertir que estando como está la fuerza de este libro en las reglas, y poca ó ninguna en la materia sola de la meditacion, la cual es como cosa muerta, si no se aviva y actua en la memoria y en el entendimiento con algun método y forma que venga á mover la voluntad; siendo esto así, no se puede decir que nuestro santo Padre se ayudó de otros libros para escribir éste, porque haya en ellos puntos semejantes, pues en ninguno de ellos pudo hallar estas reglas. Y aunque es verdad que la primera enseñanza que tuvo fué en la sagrada casa de nuestra Señora de Monserate, y el primer maestro espiritual fué uno de aquellos venerables padres y religiosos de la orden de san Benito, el cual por ventura le platicó algunas meditaciones y ejercicios, conforme á un libro que hay en aquel convento de ellos; pero ¿cómo pudo sacar de aquel libro estas reglas, pues en él no hay ningunas? Pues luego con razon se dice en el breve de la aprobacion y confirmacion de estos ejercicios que el santo Padre los sacó de las sagradas Escrituras y de sus propias experiencias.

#### CAPÍTULO IV.

QUE EL QUE DA LOS EJERCICIOS HA DE TENER CIENCIA  
Y EXPERIENCIA DE ELLOS.

**H**ABIENDO dado alguna noticia en el capítulo pasado de la diversidad de reglas que están repartidas por todo este libro de los *Ejercicios*, síguese que digamos algo de las calidades que ha de tener el que ha de ser maestro de ellos y los ha de dar á otros, las cuales se reducen á estas seis: ciencia, experiencia, prudencia, fidelidad y amor para con el que se ejercita, y aplicacion al ministerio; y dejando la prudencia y la fidelidad para el postrer lugar, empezaremos por ahora á decir de las demás.

Lo primero, pues, que ha de tener el que ha de dar á otro los ejercicios, es ciencia, esto es, noticia y comprension de este libro, y de todas las reglas que hay en él, y del uso de ellas, y del fin y propósito para que se hicieron; y no solamente ha de saber la práctica y el uso de ellas, sino tambien la razon de su necesidad y conveniencia, de manera que la pueda dar cuando se ofreciere la ocasion. Asi lo dice nuestro santo Padre en la cuarta parte de las Constituciones, por estas palabras de que nos hemos de ayudar tambien en otras ocasiones <sup>1</sup>: *En dar los ejercicios espirituales á otros (despues de*

<sup>1</sup> 4.<sup>a</sup> p., c. 8, § 5.



haberlos en sí probado) se tome uso, y cada uno sepa dar razon de ellos, y ayudarse de esta arma, pues se ve que Dios nuestro Señor la hace tan eficaz para su servicio. Segun esto quiere el santo Padre que los de la Compañía no solamente sepan dar los ejercicios, sino que sepan dar razon de ellos, lo cual supone una perfecta noticia de todas las reglas, notas y adiciones, y de las causas de ellas. Esta noticia se ha de sacar de la leccion frecuente y atenta de este libro. Lo primero, notando las reglas y avisos donde se dan. Lo segundo, donde no se pone más que la práctica, sacando de ella alguna regla general. Porque, como decíamos en el capítulo pasado, los puntos y preámbulos que se ponen en un ejercicio, sirven como de ejemplo y de regla para otros. Lo tercero, habiendo ya sacado la regla buscarase la razon de ella. Porque sin duda ninguna cosa hay en los ejercicios que no tenga buena razon, pues nuestro santo Padre nos obliga á que sepamos darla. Para todo esto nos ayudaremos de los directorios que están escritos, y de la instruccion y comunicacion de las personas que tienen mayor noticia é inteligencia; y finalmente, nos hemos de tener por obligados á estudiar en este libro, y á tenerle bien entendido y sabido, *pues se ve que Dios nuestro Señor le ha hecho tan eficaz para su servicio.*

Esta noticia se saca tambien, y mucho mejor, de la experiencia; la cual es en dos maneras, conviene á saber, la que uno toma en sí mismo haciendo los ejercicios, y la que toma en otros dándoselos. Aquella primera ha de ser primera en tiempo, y lo es en dignidad y en importancia, y la segunda tambien es muy provechosa; y la una y la otra comprendió nuestro santo Padre cuando dijo: *En dar los ejercicios espirituales á otros, despues de haberlos en sí probado, se tome uso, etc.* Y es cierto que ape-

nas es posible que el libro se deje entender con sólo leerle, que por haberse algunos contentado con esto han venido á despreciarle y tenerle en poco. Porque así como una raíz ó yerba medicinal no tiene apariencia en la vista, ni se puede conocer ni descubrir su virtud puesta solamente en las manos ó mirada con los ojos, sino cuando está actuada y avivada con el calor natural; así son muchas de las notas y adiciones de este libro, que están desnudas de todo ornato y elocuencia, y entonces solamente se entiende la virtud y fuerza que tienen, cuando se actuan con el uso y con el ejercicio, y se percibe su eficacia con la experiencia. Si un reloj estuviese desarmado, cosa seria dificultosa y casi imposible conocer por sólo discurso, de qué sirven tantas ruedas tan diferentes en el tamaño y en la figura, y para qué son tantas piezas mayores y menores de que se compone; pero si os poneis á armarle, y como á resucitarle y darle vida y movimiento, y hacer que dé las horas, y que las señale, luego se descubre el uso y necesidad de cada cosa; la cual suele ser tanta, que una pieza muy pequeña hace inútil toda la fábrica, si faltase. Así que para entender el libro de los *Ejercicios*, no basta leerle tan solamente y estudiarle, sino que es necesario el uso y la experiencia, y que de ejercicios escritos se hagan ejercicios vivos; porque entonces la misma necesidad del que se ejercita, le hace poner en práctica todas las reglas por menudas que sean, y la misma experiencia del provecho le da á entender la necesidad y la razon de ellas.

¿Qué diré de la suavidad y buena sazón que tienen para los demás, los que están domados y quebrantados con la propia experiencia, y cuán moderados son en poner cargas á otros los que han ya probado lo que pesan?



Porque, como dijo nuestro Salvador <sup>1</sup>: «Ponen cargas incomportables, que aun no se pueden sustentar ni llevar con los hombros, los que se guardan de menearlas ni tocarlas aún con los dedos.» Después de esto, ¡cuán de otra manera hablan y persuaden los que han probado las cosas por experiencia, que los que solamente las han oído ó leído por los libros! porque así como oímos de buena gana y con gusto á los que vienen de Italia, de las Indias ó de otras regiones apartadas, cuando nos cuentan las cosas que ya por ventura sabemos, y se nos hacen nuevas de boca de quien las ha visto y tratado, y preguntamos con curiosidad las circunstancias particulares que deseamos saber, á que no pueden satisfacer los libros; eso mismo sucede en las cosas espirituales, que hablan de ellas los que tienen experiencia, como quien las ha visto y tocado con las manos, y entienden lo que les preguntan, y son entendidos y satisfacen el deseo de los que andan por este camino, y se le avivan y encienden para caminar más adelante: como quiera que las palabras de los que no tienen experiencia sean frías y muertas, y que no alumbran ni mueven ni tocan en el corazón de los que se ejercitan. Y por eso nuestro santo Padre habiendo dicho en la cuarta parte, que cada uno sepa dar razón de los ejercicios, en la declaración dijo <sup>2</sup>: *Y el dar razón sea en modo que no solamente se dé satisfacción á los otros, pero aún se muevan á desear ayudarse de ellos.* Porque para dar razón y satisfacer al entendimiento, por ventura basta sola la ciencia; pero para despertar el deseo de ayudarse de estos ejercicios, es menester ciencia que esté saboreada con el gusto de la experiencia. Finalmente, Juan Casiano afirma haber sido esto

<sup>1</sup> Matth. XXIII, 4; Luc. XI, 46. — <sup>2</sup> 4.<sup>a</sup> p., c. 8, § 5; lit. E.

muy recibido entre aquellos santos padres del yermo, que ninguno fuese elegido por prelado y superior, que no hubiese ejercitado por la obra lo que á los demás había de enseñar de palabra. Ninguno, dice, es escogido para presidir á la congregación de los hermanos, sino aquel que haya aprendido, obedeciendo, lo que ha de ordenar á los otros mandando, y que lo que él ha de enseñar á los mozos lo haya alcanzado ya por la enseñanza de los viejos. Y esto es lo que toca á la experiencia que ha de tener uno en sí mismo.

También es muy provechosa la experiencia que se cobra dando á otros los ejercicios, como vemos en los médicos, que cuantos más enfermos han curado, tanto están más hábiles para curar. Gravemente dijo san Basilio <sup>1</sup>, que si cuando se trata de curar los cuerpos, para aplicar un remedio al enfermo no dejamos indiferentemente á cualquiera tomar el hierro en la mano para cortar ó cauterizar, ó la pluma para recetar el medicamento, sino á aquellos tan solamente que saben bien el arte del curar, y habiéndola aprendido primero de doctos maestros, después la han repasado y cultivado con estudio continuo, y la han confirmado con varias experiencias y con largo uso; si todo esto miramos para fiar de un médico la salud del cuerpo, ¿en qué razón se sufre que para la cura del alma, que se hace con palabras, esto es, enseñando, exhortando y aconsejando, se entremeta cualquiera por su voluntad y sin ningún defecto, siendo como es una cosa, que cualquier descuido por pequeño que sea suele ser causa de gravísimo daño? Esto es de san Basilio; y porque es fuerza que los médicos empiecen alguna vez á curar, y vayan cobrando experiencia

<sup>1</sup> Reg. 45 fusius disp.



cuando no la tienen, para prevenir los daños que de aquí se pueden seguir, usamos de ordinario de dos medios. El primero es, que los médicos nuevos practiquen algun tiempo con los antiguos y experimentados, para que tengan de quien aprender el uso de lo que han estudiado, y el enfermo les dé su pulso sin temor, teniendo por fiador al médico más antiguo, como á quien tiene mayor y más conocido caudal de ciencia y experiencia. El segundo medio es, que cuando empiezan á curar sea en personas que si erraren, sea el daño menor por no ser su vida ó su salud de tanta importancia; y estos dos medios apuntó nuestro santo Padre para los que de nuevo empiezan á dar los ejercicios, porque en la declaracion del capítulo octavo de la cuarta parte dice así <sup>1</sup>: *Podrian comenzar á dar los ejercicios á algunos con quien se aventurase menos, y conferir con algunos más expertos su modo de proceder, notando bien lo que halla más ó menos conveniente.*

## CAPÍTULO V.

QUE EL QUE DA LOS EJERCICIOS HA DE TENER AMOR  
Y APLICACION Á DARLOS.

**N**O se puede dudar sino que el buen suceso de los ejercicios depende en gran parte de la claridad que ha de tener el discípulo con su maestro, y el que

<sup>1</sup> Parte 4.<sup>a</sup>, c. 8, § 5, lit. E.

los hace con con el que se los da, y de la confianza con que le ha de descubrir lo que pasa en su corazon; y mucho importa que el que da sea varon de tanta paciencia y mansedumbre, y de tanta benevolencia y amor, que dé ánimo al que los hace para acudir á él en todas sus necesidades. Tales se muestren, dice san Gregorio <sup>1</sup>, los que presiden, que sus súbditos no tengan empacho de manifestarles sus cosas más ocultas y secretas, para que los pequeñuelos cuando se hallan combatidos de las olas de las tentaciones se acojan á su pastor como al seno y regazo de su propia madre, y allí laven la mancha que ven que se les puede pegar de la tentacion, con el consuelo de su exhortacion y con las lágrimas de su oracion. Esta blandura es aún más necesaria con los que empiezan, que como son nuevos y huéspedes en el trato con Dios, cualquiera aspereza del padre espiritual los ahuyenta y espanta. El bienaventurado san Buenaventura dice, que el que enseña á los nuevos sea más severo y riguroso en el juicio y en el dictámen que no en las palabras, *severior sit iudicio quam sermone*, que es un consejo lleno de prudencia, y que le vemos practicar cada día á las madres con sus hijos pequeños. Porque si ven que traen en la mano un cuchillo ú otra cosa con que se pueden herir ó lastimar, con grande fuerza aprehenden que conviene quitársele, pero no se le quitan con fuerza, sino con caricias y con amor; y si se los traen descalabrados ó heridos, reciben ellas otra mayor herida en el corazon y no sosiegan de día ni de noche procurándoles el remedio; y con todo eso les dicen á los niños que aquello no es nada, y que con mucha brevedad y fácilmente se sanará, quitándoles el temor y mostrándo-

<sup>1</sup> De cura past. p. I, c. 3.



se en lo de fuera como si no tuviesen cuidado. Estos mismos suelen ser los cuidados y las industrias de los que crían hijos espirituales, que en lo interior deben tener el juicio severo y riguroso, y los dictámenes vivos y subidos de punto, no disimulando ninguna cosa por pequeña en los que desean sacar perfectos; pero en el modo de la ejecución deben ser mansos y amorosos, y en lo que les da más congoja y cuidado mostrarse las más veces sin cuidado por no atemorizar á los pequeños con desconfianza, sino antes animarlos y atraerlos con amor. Es cierto que nuestro santo Padre tratando de la persona que en los noviciados particularmente ha de ser maestro de las cosas espirituales, no se olvidó de este punto que vamos tratando y dice así <sup>1</sup>: *Ayudará que haya una persona fiel y suficiente, que instruya y enseñe cómo se han de haber en lo interior y en lo exterior, y mueva á ello, y lo acuerde, y amorosamente amoneste; á quien todos los que están en probación amen, y á quien recurran en sus tentaciones, y se descubran confiadamente, esperando de él en el Señor nuestro consuelo y ayuda en todo.*

Este oficio que nuestro santo Padre desea en el maestro, de mover, traer á la memoria, amonestar amorosamente, dar consuelo y remedio á todos los que acudieren á él, pide alegría y prontitud, y una natural inclinación y aplicación á este ministerio de enseñar y guiar las almas á la perfección; porque lo que se hace con tristeza y con violencia, ni puede durar ni es de provecho, y es de personas inclinadas á cosas exteriores, que mientras no se ocupan en ellas, les parece que pierden tiempo. Esta propiedad que ha de tener el maestro espiritual, notó san

<sup>1</sup> 3.<sup>a</sup> Parte, c. I, § 12.

Basilio entre otras, cuando dijo <sup>1</sup>: Procura hallar un varón al cual sigas como á guía cierta y segura en todos los ejercicios de la vida que has escogido; tal que á todos los que tienen voluntad y deseo de allegarse á Dios nuestro Señor, sepa mostrarles el camino derecho; que esté adornado de virtudes, y que todo el discurso de su vida dé testimonio de él, que tiene caridad para con Dios nuestro Señor. Que tenga ciencia de las letras divinas, varón entero y que no condescienda con distracciones, ajeno de avaricia y que de mala gana se entremete en tratar de negocios, quieto, amator de Dios nuestro Señor, cuidadoso de los pobres y necesitados, no nada iracundo, que fácilmente se olvida de las injurias, y que de su mismo natural es inclinado á enseñar á todos los que vienen á él. Estas y otras propiedades prosigue allí el bienaventurado san Basilio, en que pintando un buen maestro espiritual, sin pretenderlo ni quererlo, se retrató á sí mismo. Pues esta inclinación y aplicación natural á enseñar en un natural quieto y manso, y desviado de distracciones, y enemigo de negocios exteriores, cultivado con la ciencia de la sagrada Escritura, y con el ejercicio de las virtudes, y perfeccionado con la caridad y amor de Dios nuestro Señor, todo esto es necesario para que esté dispuesto al trabajo de guiar al que se ejercita, con amor y con longanimidad y paciencia. Y no sea el maestro espiritual como los que guían á los caminantes quedándose ellos en su casa, que suelen decirles de una vez las señas de todo el camino, y después en entrando en él, cuando se hallan solos lo primero que hacen es perderse, y si no pierden el camino á lo menos entran por tan malos pasos, que á bien librar ó salen heridos ó enlodados.

<sup>1</sup> Serm. de abdic. rerum.



Debe, pues, el que da los ejercicios, guiar á quien tiene á su cargo, como guió el ángel san Rafael á Tobías, en el cual pone la divina Escritura todas las condiciones que habemos declarado, conviene á saber: ciencia, experiencia, amor y gusto en aquel oficio. Porque saliendo Tobías á buscar compañía para su viaje, dice la divina Escritura que halló un mancebo resplandeciente, que estaba en pié, ceñido, y como dispuesto y aparejado para caminar, en lo cual descubría el gusto y aplicacion que tenia para irse con él. Pues de la ciencia y experiencia del camino bien claramente lo descubrió él mismo, cuando preguntándole el mozo, ¿sabes el camino que va á la region de los medos? Respondió, *novi; et omnia itinera ejus frequenter ambulavi*. Bien lo sé, dijo <sup>1</sup>, y muchas veces he andado esos caminos; y con ser la guia tal y tan calificada, se fué siempre al lado de Tobías sin perderle de vista para socorrerle en tantas necesidades y peligros como se le ofrecieron. Tal debe ser el que da los ejercicios: que sepa el camino, que le haya andado muchas veces, que esté dispuesto y á punto para caminar, y que no piense darle instruccion de una vez para todo el año, sino que las lecciones sean breves, y las visitas frecuentes, de manera que se halle presente á todas las necesidades y peligros que sucedieren.

<sup>1</sup> Tob. V, 8.

## CAPÍTULO VI.

DE LA PRUDENCIA QUE HA DE TENER EL QUE HA DE DAR  
LOS EJERCICIOS, Y PRIMERAMENTE DEL CONOCIMIENTO  
QUE HA DE TENER DEL QUE LOS HACE.

**E**NTRÉ las partes que ha de tener el que ha de dar los ejercicios, no tiene la prudencia el postrer lugar, pues dijo el Salvador que el criado que pone su señor sobre lo restante de su familia, para que á su tiempo les reparta el manjar, no solamente ha de ser fiel, sino tambien prudente: y tomando de aquí ocasion el bienaventurado san Basilio, hizo en nuestro propósito este argumento <sup>1</sup>: Si en las comunidades no se encomienda indiferentemente á cualquiera la distribucion del pan material, sino que este oficio es de uno solo escogido por votos de los demás; ¿con cuánta mayor razon conviene guardar toda esta cautela para escoger el que ha de repartir el pan espiritual á los que lo piden? De lo cual concluye que ninguno se ha de atrever á hacerse maestro, sino remitir este oficio á cuyo es; el cual por eso, dice, ha sido escogido para distribuir á su tiempo el manjar espiritual; porque es dispensador fiel y prudente, y que dispone sus palabras en juicio. Y es cierto que en el negocio que tratamos ninguna cosa hay más necesaria que este juicio práctico y acertado y no atado á las

<sup>1</sup> Reg. 45, *fusus disp.*